

REFORMA SIGLO XXI

Solicitud de amistad

■ ■ J.R.M. Ávila*

“¿En serio no tienes amigas? ¿Ni siquiera en Facebook?”, dice Diego. “Ni siquiera tengo Facebook”. Se pone de pie, me pide que lo siga y me lleva hasta su escritorio: “Eso tiene solución”, y me ayuda a construir una cuenta.

Llegando a casa me dedico a solicitar amistad a hombres y mujeres que parecen tener los mismos gustos e intereses que yo. Para mi sorpresa, sólo hombres me aceptan. ¿Qué sucede? Si ninguna mujer me acepta, mucho menos habrá alguna que me pida amistad.

Después de darle vueltas a la situación, decido remediarla de una manera inesperada hasta para mí. Se me ocurre crear la cuenta de una mujer, inventándole un rostro a partir de otros que encuentro en internet. La nombro Claudia Mía. Ideo datos para una posible biografía, le trazo una trayectoria de estudios y trabajos. Cuanto pide la red, lo completo a mi gusto, como si se tratara de una mujer hecha a la carta.

Coloco fotos de aquí y de allá, para que no parezca un muro vacío. No importa si las fotos tienen derechos de autor. Altero colores, recorto, monto secuencias. Para finalizar, reviso cuanto he inventado y, al darme cuenta de que no he puesto su estado civil, la decreto soltera. Dan ganas de que sea real.

Sin recato alguno, envío desde su cuenta una solicitud de amistad hacia la mía. Para entonces no puedo dejar de sonreír, pensando en la cara que pondrá Diego cuando sepa que una mujer tan hermosa me ha solicitado amistad. Ya quiero que amanezca para presumir a mi nueva amiga virtual, imaginaria, inexistente, lo cual, por supuesto, será un secreto entre Claudia Mía y yo. Si no lo revelo yo, ella mucho menos. Sonrío mientras lo pienso.

Entro en mi cuenta, encuentro su solicitud, finjo sorpresa sin dejar de sonreír y la acepto. Muy bien, ya estoy listo para contárselo a mi compañero de trabajo. Cierro, apago la computadora y me dirijo a la cama. La hora en que por lo regular me acuesto ha quedado muy atrás, pero es inútil mi intento de dormir. Para un lado y para otro me la paso, me pica la piel, pienso en la mujer inventada, en Diego y en su incredulidad de mañana.

Abrumado por el insomnio, abandono la cama. Ingreso de nuevo a mi cuenta de Facebook. Hay dos admisiones a mis solicitudes de amistad, hombres también. Ninguna mujer. Y de pronto, no sé cómo, se me ocurre conversar con Claudia Mía. Sin detenerme a pensar en lo que hago, le envío un mensaje de saludo. Cuando me observo esperando su respuesta, pensando *¿Y si no contesta?*, sonrío. La pregunta debía ser: *¿Y si contesta?* Ya antes he oído y leído acerca de personas muertas que retoman su cuenta en Facebook y continúan enviando mensajes. “Leyendas urbanas”, sonrío.

¿Qué me sucede, por qué procedo como si no fuera yo mismo quien debe contestar mi saludo desde la cuenta que le he construido a Claudia? No espero más. Sin cerrar la mía, abro la suya y contesto. La conversación entre Yo-Claudia y yo mismo, prende. Me resulta divertidísimo. Escribo como yo y como ella hasta que hay suficiente material para mostrarle a Diego. Poco a poco el sueño llega y me hace escribir largos párrafos repitiendo una misma letra cuando alguno de mis dedos se queda oprimiendo una tecla sin querer. Es hora de salir de ambas cuentas.

Debo haber dormido unas tres horas, pero no importa. Al primer timbre del despertador, salto de la cama. Me rasuro, me lavo los dientes, me baño y me visto en la mitad del tiempo que lo hago habitualmente. Tengo que esperar a que los rituales de oficina se lleven a cabo: saludos, bromas, preparación de café, para llegar al momento en que le presumo a Diego que por fin tengo una amiga.

*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

No me cree. Se le unen otros compañeros de trabajo, gracias a que se permitió contarles que yo no tenía amigas y subrayar: ni siquiera en Facebook. “Dejen que les enseñe”, digo. Los invito a que se acerquen a mi escritorio y les muestro. Los deslumbra la belleza de mi amiga imaginaria a quien, por supuesto, suponen real y, cuando leen lo que me escribe se quedan pasmados, viéndome con admiración, como si quisieran ser yo.

A los pocos días les muestro fotos de ella: de cuerpo entero, en vestido, en bikini, posando para la cámara, y deben reconocer que mi amiga es tan bella que asombra. Claro, trabajo y desveladas me ha costado armar las fotos. Diego llega al grado de invitarme unas copas para conversar acerca de mi conquista virtual.

Una noche, me encuentro con la petición de amistad de Rojo Fuego. Me asomo a su perfil para ver de quién se trata y me sorprende al ver que tenemos como amiga en común a Claudia Mía. No dudo que por azar hubiera alguien que le pidiera amistad, pero...

Es una broma, pienso y, de inmediato, abro la cuenta de Claudia. En efecto, encuentro que ya tiene dos amigos: Rojo Fuego y yo mismo. ¿Es posible? ¿Alguien se habrá apoderado de la identidad de Claudia Mía? Abro la sección de mensajes y me quedo frío al encontrar una conversación entre ella y Rojo Fuego.

Rojo Fuego: Buenas noches, yo soy yo, y tú eres Claudia.

Claudia Mía: Buenas noches, ¿qué hay?

Rojo Fuego: Amiga de Blastein, ¿no?

Claudia Mía: Sí. ¿Cómo te puedo decir, Rojo o Fuego?

Rojo Fuego: Dime Luz, ese es mi nombre.

Claudia Mía: Bonito nombre. Dime Claudia.

Rojo Fuego: Guapo tu amigo.

Claudia Mía: No sé. ¿Te gusta?

Rojo Fuego: Soy muy obvia, ¿no? ¿Tú y él son algo?

Claudia Mía: Es lo que él quisiera. Jajaja.

Rojo Fuego: Qué alivio. Le pediré amistad, entonces.

Claudia Mía: Ok. Hasta luego, Luz.

Rojo Fuego: Hasta luego, Claudia. Gusto en saludarte.

“¿Cómo vas con tu amor virtual?”, dice Diego sonriente y no me queda la menor duda. “Eres tú”, le digo contrariado. “¿Soy yo qué?”, se asombra al verme así. “Tú eres Rojo Fuego”. “No te entiendo”, dice con la boca abierta. “Creaste la cuenta de Rojo Fuego y le pediste amistad a Claudia para burlarte de mí”, casi le encajo el índice derecho en su esternón. “La verdad, no sé de qué me hablas”, dice con los ojos muy abiertos.

“Te hablo de que le pediste amistad a Claudia Mía a sabiendas de que me pertenece”, le digo furioso y a media voz. “¿Y por qué tendría que ser yo? Cualquiera podría haberle pedido amistad, ¿no crees?”, dice con una calma insoportable. “Tú lo provocaste...”, digo dándome cuenta de que debo detenerme. “¿Por qué no te explicas?”. No me queda más que confesarlo: “Claudia Mía no existe”. Le confieso mi creación de Claudia Mía y le pido que me siga hasta mi escritorio. Entro a la cuenta de ella. Le muestro su conversación con Rojo Fuego.

“¿Qué piensas de esto?”, quiero saber. “Alguien juega contigo”, dice. Se queda callado y agrega. “Bueno, al menos no tienes por qué ponerte celoso. Yo pensé que Rojo sería hombre, no mujer. Y además le gustas”. Sonreímos. Por primera vez hay empatía entre él y yo. “¿No serás tú mismo que escribes sonámbulo?”. “¿Y cómo crees que puedo entrar a la cuenta de Rojo Fuego si no sé su contraseña?”. “No, no. Me refiero a que tal vez le contestas a Rojo como Claudia”. No sé qué decir.

Al llegar a casa, acepto la solicitud de Rojo Fuego y espero. Apenas me dispongo a ir a la cama, cuando un sonido me advierte que ha llegado una notificación. Es ella en la sección de mensajes.

Rojo Fuego: Hola, guapo.

Blastein: Hola, Luz.

Rojo Fuego: ¿Cómo sabes mi nombre?

Blastein: Ya ves, todo se sabe.

Rojo Fuego: Claudia Mía, ¿no?

Blastein: Exacto.

Rojo Fuego: ¿Qué piensas de ella?... Parece que estás muy enamorado de ella... Con lo que me gustas...

Blastein: Bueno, yo no sé cómo eres. ¿Por qué no

pones una foto para conocerte?

Rojo Fuego: Olvídalo. Mejor espera a que ella te haga caso.

Blastein: Oye.

Rojo Fuego: Bye.

Entro a su muro y descubro que me ha retirado la amistad. Una nota genérica reza: “¿Conoces a Rojo Fuego? Para ver lo que comparte con sus amigos, envíale una solicitud de amistad”. Fastidiado, me dispongo a salir de Facebook cuando me llega un mensaje de Claudia Mía. ¿Qué demonios es esto? ¿Es que alguien quiere burlarse de mí? Si es así, que otro les siga el juego. “Conmigo no cuenten”, digo en voz alta y salgo muy molesto de mi cuenta, sin importarme lo que el mensaje diga.

El viernes llega y lo único que me anima es que la semana entrante salgo de vacaciones. Se lo recuerdo a mi jefe y no pone peros, hasta me desea que las disfrute. Pregunta si saldré de la ciudad. Le miento. Al dirigirme a casa, me aprovisiono de cuanto he de necesitar para no salir. Es mi manera de ausentarme de la ciudad: no dejándome ver. Nada de televisión, nada de internet, es decir, nada de asomarme a Facebook. Como jamás lo he leído completo, abro Don Quijote de la Mancha y no lo suelto hasta terminar de leerlo el jueves. A partir del viernes todo se asemeja a cualquier fin de semana, salgo por cerveza, botana, algunas comidas para tres días y me apoltrono a sintonizar juegos de fútbol y a ver mis películas preferidas como por primera vez.

Llego el lunes a la oficina y me dispongo a continuar con lo que no estaba haciendo antes de vacaciones. A media mañana se acerca Diego con una sonrisa que casi le desborda la cara y me presume: “Le pedí amistad a Claudia y me aceptó”. Sonríe a punto de recordarle que Claudia no existe, pero se me atraviesan los mensajes entre ella y Luz, y los que me ha enviado y no he querido leer. Le digo:

“¡Excelente!”, y sigo con lo mío.

Dos semanas después, justo el miércoles de ceniza, vuelve a acercarse y a informarme: “La invité a salir y aceptó”. Esta vez me ha agarrado desprevenido, no sé de quién me habla. “De Claudia. Tengo una cita con ella pasado mañana”. Lo felicito y agradece. “¿Y tú? ¿Cómo vas con Luz? Claudia dice que le pregunta mucho por ti”. Me encojo de hombros. “Parece que le gustas y con ese nombre de Rojo Fuego en Facebook, promete, ¿no crees?”. Sonríe a medias al decirle: “Facebook no es para mí”. Antes de retirarse, agrega: “Tú te lo pierdes”.

Una semana más tarde lo encuentro caminando en un centro comercial con una mujer que me parece haber visto antes. “Te presento a mi novia”, dice sonriente. “Ya nos conocemos. Soy Claudia Mía”, dice ella. Es tal como la construí en Facebook. La miro perplejo. “Ah, sí, claro. Gusto en conocerte... en persona”, digo. Tienen boletos para el cine y la película casi comienza. Antes de que se alejen, le digo a Diego sin que ella me escuche: “¿Cómo vas con tu amor virtual?”. Su sonrisa contesta por él.

Camino sin rumbo por el centro comercial. Cuando voy a mitad de una escalera eléctrica, una voz de mujer dice desde arriba: “Hola, por fin nos encontramos”. Al llegar hasta ella, tiende su mano hacia mí. Se la estrecho mientras dice: “Rojo Fuego, para servirte”.

Me parece más bella que cualquier otra mujer que nadie hubiera podido construir. “Hola, Luz. ¡Qué gusto!”, le digo. “¿En verdad te da gusto verme?”. Me importuna una sospecha y sin diplomacia le suelto. “¿Eres real?”. “Tan real como Claudia Mía”. Nos miramos largo, sonreímos, echamos a caminar.